

El gran Chatelet, derribado en 1802 con objeto de abrir la plaza que todos conocemos, era en la época de nuestra historia una fortaleza casi cuadrada, con puertas laterales y un gran patio interior; un edificio macizo, de cal y canto, flanqueado de pesadas torres con techos puntiagudos, cuya construcción fué decidida en el siglo xii, con objeto de que sirviera de defensa á la ciudad por la parte del puente llamado de los cambiantes.

El gran Chatelet, residencia de la jurisdicción prevostal, no era en aquella época una prisión propiamente dicha; sin embargo, contaba con cierto número de calabozos, algunos de los cuales hallábanse situados á un nivel inferior al de las aguas del río inmediato, y había ya figurado de manera activa y sombría en la historia de la facción de los Armañac.

Por lo demás, el vasto edificio, en cuyos subterráneos

se encontraban las cámaras de tortura mejor provistas de espantables instrumentos, conservaba sus prerrogativas medioevales. Las sentencias allí pronunciadas recibían rápida ejecución sin necesidad de que el Parlamento las ratificase en virtud de los especiales privilegios de que estaba investido en lo referente á los altos tribunales de lo criminal.

Esta fortaleza es la que servía de alojamiento al incendiario del muelle del Heno, al mismo que el duque de Nemours designara como el célebre criminal conocido con el sobrenombre de Sed de Sangre.

Luego de pasada la poterna, en el frontis de la cual hubiera debido esculpirse la célebre frase « *Lasciate ogni speranza* » el prisionero hubo de pasar por la mayoría para justificar su identidad; pero el hombre se encerró en un mutismo absoluto, y en vista de que no era posible arrancarle una sola palabra, el gran Prevoste, muy enojado, lo hizo encadenar en el más pútrido de los calabozos de su siniestro dominio.

— Mañana, — dijo al verle desaparecer — ya sabremos dejarte expedita la lengua. El tormento se encargará de devolverte el uso de la palabra.

Pasaron algunas horas. Neré Mansour, esto es, el hijo menor de Phtah, el alter ego de Landro, ocupaba en el calabozo el sitio destinado á *Sed de Sangre*, tendido en el suelo, entre un cántaro con agua y un tajo de madera. No le era posible dormir. Estremeciase aún recordando las últimas palabras pronunciadas por el gran Prevoste. Por otra parte, acercándose á un montón de detritus, pretendía evitar el contacto de los in-

sectos inmundos que se arrastraban por el suelo ó que perseguíanse en los charcos de agua corrompida. Justo es decir que estos horrores los adivinaba sin verlos, por cuanto hallábase envuelto por una obscuridad tan espesa como sofocante.

Hubo un momento en que murmuró :

— ¿Vendrá? ¿Cumplirá la promesa que me hizo?

¿A quién ó qué podía esperar aquel desdichado hombre, al que los azares de un parto maldito unieron á un tigre en el seno de una loba?

No tardaremos en saberlo.

Acababa apenas el prisionero de formular la invocación antes reproducida, cuando en el hueco de la escalera en forma de embudo que conducía á los *in pace* dejóse oír el ruido característico de un paso pesado.

— Tened mucho cuidado, reverendo padre; — recomendó la voz de un llavero. — Esos herejotes son muy taimados.

— Gracias por el aviso, hermano; mi santa religión me ordena despreciar el peligro y sacrificar si es preciso la vida para mayor gloria de Cristo nuestro Señor.

— Bien está, reverendo padre; — aseguró el llavero encogiéndose de hombros. — Henos aquí llegados al albergue de ese bandido.

Los pesados cerrojos de hierro chirriaron al deslizarse en las armellas, y la puerta se abrió, dando paso al llavero, quien proyectando al interior la luz de su linterna aseguróse de que el preso continuaba encadenado, y se apartó enseguida para dejar el paso á un monje

cuyo rostro desaparecía bajo la espesa sombra proyectada por la cogulla.

— *In nomine mei Rolandi et tibi Renei, yo te bendigo, querido hermano,* — dijo este extendiendo dos dedos en ademán de bendición.

Neré, al oírlo, trató de incorporarse, apoyándose en un codo, pronto á rechazar los auxilios espirituales. Pero su mirada se cruzó con otra relampagueante que brotara bajo la cogulla, y se inclinó murmurando con voz que más que tal era un suspiro :

— ¡Landro! Estoy salvado.

Volvióse el monje hacia el llavero y le dijo con dulzura :

— Ya lo veis, amigo mío; este hombre es menos temible de lo que os parece.

— ¡Hum! No hay que fiarse mucho, reverendo padre. Ese hombre oculta obstinadamente sus manos. Yo en vuestro lugar le confesaría á distancia.

— Ya os he dicho que los ministros de Dios desprecian el peligro, cuando este existe. Ahora se trata de un pobre extraviado que reclama el auxilio de mi santo ministerio.

¿Cómo he de negarme á oírlo? Así pues, amigo mío, dejadnos solos.

— ¿Solos? Ah, no, de ninguna manera; — dijo el llavero.

— Pues ello es preciso, porque he de oírle en confesión — dijo el fraile. — Además, he aquí una orden terminante.

Y con gran asombro del llavero puso ante los ojos

de éste un pergamino revestido de la firma del gran Prevoste.

— ¿Sabéis leer? — le preguntó.

— Yo no soy estudiante, — dijo el hombre, — sino llavero.

— Lo cual quiere decir que no sabéis leer. Está bien : en ese caso — añadió el reverendo — os contentaréis con creerme. Vuestro jefe supremo me autoriza en este pergamino para comunicar á solas con el prisionero. Dejadmé pues vuestra linterna, salid de aquí, corred los cerrojos para mayor seguridad, y haced enseguida lo que mejor os plazca.

— Pero si yo me alejo, ¿cómo saldréis de aquí, reverendo padre? — preguntó, con cierta lógica el carcelero.

— Ninguna necesidad hay de que os alejéis demasiado. Una vez terminada nuestra conferencia os llamaré, golpeando la puerta del calabozo.

No encontrando nada que replicar, el llavero se decidió en fin á obedecer.

Apenas se hubo extinguido en la escalera el ruido de sus pasos, echó el monje atrás la cogulla, dejando al descubierto el hermoso semblante del duque Rolando.

Cuanto á Neré, habíase puesto en pie de un salto.

— ¡Hermano! ¡Hermano! — gritó avanzando un paso, todo lo que le permitía la longitud de sus cadenas. — ¡Mi buen Landro! ¿Vienes á buscarme, verdad? ¡Ah, di que sí; que vienes para sacarme de esta tumba!

Landro Mansour, el verdadero Sed de Sangre, á

quien un lamentable error del Parlamento había püesto en posesión de los bienes, títulos y prerrogativas que constituían el patrimonio de los Armañac-Saboya-Nemours, abrazó cariñosamente á su hermano gemelo murmurándole al oído :

— ¡Silencio! Hablemos más bajo si es posible. ¿Quién nos dice que ese animal que espera ahí arriba no tendrá el capricho de acercarse de puntillas para oír lo que decimos?

Muy impresionado por la calma de Rolando, balbuceó el prisionero :

— Tienes razón, soy un imprudente, pero no lo extrañes ; desde que estoy aquí no vivo, pensando con horror en la posibilidad de que pudieras faltar á tu palabra...

— ¿Acaso no soy tu hermano?

— Sí, sí, mi hermano todopoderoso; el hombre á quien nada ni nadie resiste... Perdona, sí, perdona, si pude herir tu susceptibilidad. No hagas caso de mis palabras si no expresan mi cariño y mi sumisión incondicional... Esas gentes de ahí arriba, esos verdugos, quieren torturarme. ¡Ah! si supieras los suplicios que me tienen reservados por haberme tomado por tí...

— ¿Has hablado? — preguntó, seco, Rolando.

— No, todavía no... Me dijiste que hiciera el mudo y te he obedecido ; he querido dejarte todo el tiempo necesario para preparar tu defensa.

— ¡Todavía no! — repetía mentalmente Landro, quien habíase apartado algo para ocultar su rostro en el que se acusaban arrugas siniestras, semejantes á la

de los felinos que abren la boca disponiéndose á morder. — ¡El muy imbécil ha dicho « todavía no », lo cual parece indicar que está dispuesto á venderme! ¡ Digo, si no llevo á venir! Bueno, pues vamos á vernos las caras, señor traidor.

— Supongo, — siguió diciendo Neré que estaba á cien leguas de adivinar el trabajo mental que se operaba en el cerebro de su hermano, — que no vas á quedarte aquí en mi lugar, que saldremos juntos de este infierno... Y ahora que me acuerdo — dijo con suprema y repentina angustia — tú has dicho al llavero que cierre la puerta; y sin embargo, esa es la única salida.

El preferido de Phtah sonrió desdeñosamente.

— ¿Y eso te inquieta? — dijo. — ¿Acaso no somos dos? Pues en cuanto aparezca ese hombre llamado por mí, nos arrojamos sobre él y...

— Sí, sí, ya comprendo : gracias. Toma, lima mis cadenas.

— ¡Qué disparate! La operación duraría demasiado. Tengo aquí unas tenazas imantadas para cortarlas. Pero aún hay tiempo; sentémonos, y explícame con detalles todo lo sucedido.

Así diciendo empujó á Neré hacia el montón de detritus y de huesos, mientras él se sentaba á su lado sobre el tajo, dejando la linterna al alcance de su mano.

No alcanzaba el preso á comprender por qué razón dábale su hermano tan poca prisa en desembarazarle de sus cadenas. Sin embargo, animado por la presencia

del capitán de los bandidos de Chaumont, y sin demostrar la menor desconfianza, hizo el relato de lo ocurrido desde el momento en que dejaron de verse en el muelle del Heno hasta el de su entrada en el gran Chatelet.

— Aprovechándome del pánico que se produjo por haberse pronunciado tu nombre, por el espectáculo de las barcazas ardiendo, y por los gritos de espanto lanzados por nuestros hombres que habíanse confundido hábilmente con la multitud, hubiera podido escabullirme con gran facilidad, — dijo Neré; — pero tú me dijiste que era preciso que me dejase prender y conducir aquí para salvarnos ambos... Excepción hecha de tu idea de hacerme atar las manos con tu pañuelo desgarrado, precaución cuya utilidad no se me alcanza pero que vas á explicarme...

— Cuando hayas acabado; sigue ahora.

— Digo que exceptuando ese detalle, lo demás de tu plan lo comprendí perfectamente. Para que se acreditase la creencia de que habías sido capturado era preciso que yo no contestase á ninguna de las preguntas que se me hicieron. Así lo he hecho, y ni una sola palabra ha salido de mis labios porque tenía la seguridad absoluta de que intervendrías antes de que se me aplicase el tormento. ¡Ah, si los hubieras visto! Creídos de que se trataba en realidad de Sed de Sangre, esos energúmenos me habrían hecho añicos sin la protección de los sargentos del Prevostazgo.

— En cuyo caso, — dijo Landro sonriente, — nadie habría podido imputarme á mí, en lo sucesivo,

crímenes cometidos por Sed de Sangre muerto á manos del populacho.

— Lo cierto es, — concedió Neré, — que mi muerte hubiera sido para ti como una patente de honradez inatacable. Sí, pero ¡qué remordimiento el de tu conciencia si tal desgracia hubiera llegado á producirse!

— ¡Horrible! — aseguró Rolando. — Solo de pensarlo me estremezco. Sin embargo, supongamos que yo no hubiese podido llegar á tiempo y que te someten á la tortura...

— Suposición espantosa si las hay...

— Indubablemente; pero como no es más que una hipótesis, no hay para qué estremecernos. Dime, ¿habrías revelado el secreto de nuestra doble personalidad si yo no llego á tiempo?

Tuvo el preso un momento de duda, y sin contestar directamente, preguntó él á su vez:

— ¿Qué habrías tú hecho en mi lugar?

— Demasiado lo sabes, — dijo Landro; — dejar que me atormentasen hasta el último suspiro antes que vender nuestro secreto.

— ¡Es posible! Pues bien, querido Landro, yo no me siento capaz de tan inútil heroísmo.

— ¡Cómo inútil?

— Desde el momento en que tú te encontrabas sano y salvo, ¿quieres decirme á quién habría aprovechado mi estúpido estoicismo?

— ¿De modo que habrías hablado?

— Lo confieso.

Levantóse el otro al oír esto, y dióse á pasear á lo

largo del calabozo. De pronto se detuvo en plena luz, frente á su hermano, y dijo con acento un tanto melodramático.

— ¡Y decir que nuestra madre, con la esperanza de asegurar una venganza santa antes de ir á reconquistar su trono de Tebas puso á contribución todo su talento y toda su energía, para fabricarnos un semblante idéntico á los dos, y completamente distinto del que debíamos tener!

Mirábalo Neré con estupor, sin acertar á comprenderlo.

— La verdad es — concedió — que la obra de Phtah es sorprendente, y sería extraordinaria por sus efectos, de no tener yo marcada la frente por la cicatriz de una herida que recibí en ocasión en que te reemplazaba, á orillas del Vezera. Como que sin esta particularidad no habría quien pudiese distinguirnos al uno del otro. Y vé lo que son las cosas. La obra portentosa de nuestra madre es causa de mi eterno sufrimiento. Sí, hermano, mi cara robada me inspira horror. Sin ella, yo no habría salido de la posición social ínfima, pero tranquila, á que me condenaba mi humilde origen. ¿Y todo para qué? Las aspiraciones de nuestra madre son irrealizables, porque son opuestas á todas las leyes sociales, naturales y divinas. Dime, si quieres ser franco, en qué han contribuído á tu felicidad esas absurdas aspiraciones.

— Yo soy rico y poderoso; — dijo con voz sorda Rolando.

— Cierto, por obra y gracia de una superchería que

puede descubrirse si un día aparece por ahí el niño desaparecido en Astaffort, cuyo semblante llevamos nosotros dos. Tú eres fuerte, Landro; más aún, eres feroz, llevas la crueldad en la sangre. Yo no comprendo cómo dado tu carácter puedes acomodarte á la ficción perpetua. Rico, sí, y poderoso como tú dices; pero no puedes ser feliz, por lo menos de un modo completo. En fin, después de todo, eso es cosa tuya; cuanto á mí te confieso francamente que no estoy dispuesto á continuar actuando de instrumento de la venganza de Phtah, de la que bien mirado soy yo la primera víctima. Sí, sí, no te extrañes. Yo, como todos los de nuestra raza, nací para correr el mundo, libre y alegre, ni envidiado ni envidioso, satisfecho de mi mediocridad que me parece muy soportable. Quiero decir que me lo hubiera parecido; porque desde que nos fijamos en Chaumont, ¡qué vida tan azarosa la nuestra, hermano! ¡Cuántos disgustos, cuántos delitos, cuántos crímenes! Contra toda mi voluntad, obligado á ello, he tenido que tomar parte activa en incendios y pillajes; más aun, para dejar bien sentada tu reputación de fauno desvergonzado, de libertino ingénito, no he tenido más remedio que atentar varias veces al pudor de muchachas honradas, hasta en presencia de sus propias madres, desesperadas é impotentes; acompañando mis lúbricas hazañas con la horrible cacofonía de los cantos, las risas y las palabrotas soeces de tus hombres excitados en presencia de las desdichadas víctimas de una atroz violencia.

Néré cerró un momento los ojos, como huyendo de

una visión horrificca. Luego prosiguió con igual vehemencia :

— Creo que por mucho que viva, veré siempre, siempre, ¡hasta en sueños! esas repugnantes escenas. Por eso te decía hace un momento que estoy decidido á no prestarme en lo sucesivo á semejantes infamias. ¡No, nunca, nunca!

Sonrió Landro irónicamente, y dijo con gran calma y aire burlón :

— ¿No has hecho una profesión de fé por ese estilo á nuestra madre hace poco tiempo y en el salón situado bajo el lago luminoso?

— Lo que hice — contestó Néré — fué suplicarle que no me impusiera la comisión de actos que repugnan á mi naturaleza pacífica, dulce y hasta cariñosa... Sí, de rodillas hube de pedirle que no me encargara de expediciones violentas...

— ¡Cómica facha debía ser la tuya en semejante postura, hermano! Sea como fuere, preciso es reconocer que tus generosas resoluciones duraron poco tiempo. Si he de creer lo que me ha dicho Ismaél, aún no había pasado un cuarto de hora desde la escena esa de las súplicas, cuando te arrojabas como una fiera sobre el cuerpo desnudo de la mudita de Vincennes, y eso allí mismo, en la plazoleta que precede al portón murado del castillo de Chaumont.

— ¡Estaba loco en aquel momento! — dijo Néré como hablándose á sí mismo. — El demonio habíase apoderado de mí y me empujaba...

— De firme, por lo visto; — aseguró Landro — por-

que á no ser por la intervenció inesperada de cierto aguafiestas que ya va cruzándose demasiado en mi camino, tú, el enemigo de las violencias, hubieras dejado hecha una lástima á esa pobre Glorieta... Pero dejemos eso, y vamos á lo que interesa, que allá arriba ya debe ser de día.

— ¡Sí, sí, huyamos cuanto antes! — dijo el prisionero. — Toma, corta mis hierros.

— Un momento; — exclamó Landro poniendo una mano sobre su hombro. — ¿Sigues con las mismas ideas? Quiero decir si persistes en alejarte de nosotros.

— Puesto que no os soy de ninguna utilidad... Ahora saldré de aquí, con ayuda tuya; pero un día ú otro volverán á prenderme, y...

— Y para evitarte sufrimientos cantarás cuanto sabes; — interrumpió Landro. — Eso suponiendo que no lo hayas hecho ya...

— ¡Te juro que no! — dijo Neré con acento de sinceridad.

Landro había sacado un pañuelo, y dádose — á modo de distracción sin duda — á retorcerlo en forma de cuerda.

— Y que no hayas enseñado tus manos...

— Tampoco. Mira, — suspiró Neré mostrando sus dos puños envueltos en tela — nadie ha tenido ni siquiera la idea de tocarlos.

En este momento el fingido monje se arrojó brusca- mente sobre el preso. Hubo entre ambos lucha violenta y breve. Neré, más débil que su hermano, y embarazado por las pesadas cadenas, dejóse caer hacia atrás. Pare-

ció entonces que recibía un martillazo en el cráneo y creyó llegada su última hora. Era que su cabeza acababa de chocar violentamente contra el anillo de hierro fijo en el muro.

Cuando volvió en sí de su ligero desvanecimiento, quiso gritar, pero no pudo hacerlo. Estaba amordazado. Entonces buscó con la vista á su hermano, apartándola de él, al encontrarle, con indecible expresión de horror.

El hijo predilecto de Phtah Mansour aparecía en efecto horrible en aquel instante supremo. En pie, y cruzados los brazos sobre el pecho, había despojado su rostro de la máscara de bondad con que cubríale de ordinario, y mostrábase tal cual era, reflejándose en sus pupilas dilatadas, y en su contraído semblante las sombrías profundidades de su alma de monstruo. Hubiérase dicho que de sus ojos brotaban llamas infernales.

Dió de pronto un paso hacia adelante y acercó el rostro convulso al del desdichado preso, agobiado por la certidumbre de su propia impotencia. Entonces comenzó una escena inenarrable, tanto, que ni los atormentadores jurados, gentes, como se comprenderá, poco sensibles, hubieran podido asistir sin estremecerse al drama rápido y terrible que se desarrolló entre aquellos dos hombres unidos por los vínculos de la sangre.

— ¡Ah, ah! — gritó Landro con voz que tenía sonoridad metálica. — Conque pretendías, pobre loco, sacrificarnos á Phtah y á mí, en aras de tu tranquilidad futura... Bueno, pues la cosa te ha salido mal; estás en mi poder y vas á morir. Tranquilízate, alma sensible;

no pienso suprimirte de un golpe; eso sería demasiado sencillo, demasiado expeditivo, demasiado hermoso, y te faltaría el tiempo para arrepentirte de tu estúpida pusilanimidad que yo, jefe de la familia, debo castigar como se merece... No: morirás más tarde, en la rueda, en el potro, ¡qué me importa á mí eso!

El infeliz Neré estaba como aturcido, sin acabar de creer en la posibilidad de tan cruel cobardía. Penosamente, hizo un esfuerzo para levantarse, y cayó de nuevo como una masa, percatándose solo entonces de que nuevas ligaduras oprimían todos sus miembros. La mordaza y las nuevas ligaduras habíanle sido aplicadas durante su breve síncope.

¿Por qué Landro hubo de leer en los ojos del cautivo algo así como una sombra de esperanza?

— ¿Qué idea te pasa por la cabeza? — preguntó á su hermano. — Apuesto cualquier cosa á que lo adivino. Pero ya es demasiado tarde para eso, y haces mal en tener esa esperanza... ¿No? ¿Dices que no? Vaya, hermanito, descubre tu juego. ¿Quieres que te diga lo que pensabas? Mi cruel hermano — te has dicho sin duda — se ha olvidado de una cosa: y en cuanto el verdugo pretenda acercarse á mí, pediré que se me permita hacer revelaciones. Eso te has dicho, y haces mal, muy mal, en creerme tan necio. Para que veas que no lo soy, para que me consideres como es debido, te diré que si te pedí antes de que te detuvieran que te hicieras el mudo al interrogarte, fué con objeto de acostumbrarte al mutismo eterno á que te he condenado. Porque has de saber que ahora mismo voy á arrancarte la lengua.

Al oír esta amenaza, y no obstante lo pesado de sus cadenas, Neré se estremeció. Sin embargo, como en sus pupilas seguía brillando el rayo de esperanza que llamara la atención de su verdugo, éste se encogió de hombros con desprecio inmenso.

— No seas testarudo, — le dijo. — Te aseguro que he pensado en todo, en todo. Ahora mismo te decías: Si no puedo hablar por falta de lengua, nadie me impedirá que escriba... ¡Pobre inocente! Como si yo fuera una criatura. Oye y admírame. Asegurabas hace poco no comprender porqué te había hecho ocultar las manos. Ha llegado el momento de que lo sepas. Quise que las ocultaras para que pueda creerse que las quemaduras que en ellas voy á hacerte ahora te las causaste en el incendio del muelle del Heno; ¿comprendes? Vamos, hombre, aplaude mi idea, ya que nunca más ha de serte posible el aplaudir.

El paciente permaneció inmóvil. Pero como si la resignación á la suerte que le estaba deparada no pudiese abrirse paso en su alma adolorida, observábase en su semblante una expresión de espanto imponderable.

Hubo un momento de silencio, gracias al cual pudo advertirse un rumor sordo, denunciador de movimiento de gentes allá arriba, sin duda en el patio central de la prisión siniestra.

En él piafaban y pateaban en efecto algunos caballos, mientras se procedía al relevo de la guardia.

— Ha llegado el momento; — murmuró Landro. — Como se trata de un caso excépcional, los jueces van á darse prisa, y lo probable es que los atormentadores



vengan á buscarte de un momento á otro... ¡Valiente chasco el que van á llevarse si esperan de ti alguna confianza!

Vivísima expresión de angustia horrible brilló entonces en los ojos, desmesuradamente abiertos del prisionero, quien vió cómo su hermano sacaba del bolsillo primero un frasco que colocó con precauciones en el suelo, cerca de la linterna, y luego un puñal muy afilado.

— ¡Un poco de energía, qué diablo! — exclamó con burlona entonación el amante de Ayela oprimiendo nerviosamente la nariz del preso entre el pulgar y el índice de la mano izquierda. — Tú te has buscado esta operación, que será corta, pero que se me antoja necesaria para desembarazarte de un órgano del que te proponías hacer mal uso, dicho sea sin ánimo de reprochartelo.

Así diciendo comprimió la nariz del desdichado Neré para obligarle á respirar por la boca.

En el semblante de la víctima aparecieron entonces algunas manchas rojas. Adivinábase en él un poderoso esfuerzo para no ahogarse. Se inyectaron sus órbitas de las que los ojos parecían próximos á saltar con violencia.

— Procura no moverte, gallina mojada, — siguió diciendo Landro implacable — si no quieres que te hiera sin provecho.

Cortó entonces, de un solo golpe, el pañuelo retorcido que impedía la respiración bucal del preso, el cual, con instintivo movimiento de conservación, abrió

la boca para absorber el aire de que se hallaban privados sus pulmones. Pero aún no satisfecha necesidad vital tan imperiosa, exhaló un grito estridente, enloquecedor, sobrehumano, acompañado de la proyección violenta de algo rojizo y viscoso que cayó al suelo ensangrentándolo.

Landro, con admirable destreza, con seguro pulso, había aprovechado el instante en que el preso abría la boca para hundir en ella su puñal y cortarle la lengua. Esto era lo que Neré acababa de escupir.

— ¡Quieto he dicho! — ordenó aquel bárbaro. — Y déjate de gritos que me ensordecen, sin que logres hacerte comprender. ¿De qué te quejas, si la operación ha ido á maravilla? Lo único temible ahora es el *choc* operatorio, como dice Ambrosio Paré. ¡Cállate, condenado, cállate de una vez ó te suprimo antes de tiempo...

Con poderoso esfuerzo de voluntad logró el paciente dominar sus horribles sufrimientos y cesó en sus gritos.

Hubo entonces algunos instantes de trágico silencio.

— ¡Gracias al diablo que te callas! — dijo la fiera con rostro humano colocando de nuevo la mordaza en la boca mutilada. — Ya me iba faltando la paciencia para oírte. Además, el tiempo vuela y es preciso que aproveche los instantes. No mires ahora, puesto que te asusta la sangre de las vírgenes... y tus manos lo son...

Así diciendo arrancó el vendaje que envolvía la mano derecha del paciente, la puso sobre el tajo, y manteniéndole los dedos apartados, no obstante las contracciones nerviosas de la desgraciada víctima, la clavó á

la madera con el puñal, blandido con fuerza irresistible.

Corrió la sangre, y los dedos se movieron como los tentáculos de un pulpo; pero la mano permaneció inmóvil sobre el tajo.

La voz zumbona del salvaje atormentador resonó de nuevo.

— ¿Seré distraído? — dijo. — El pobre mozo vá á debilitarse por la pérdida de sangre. Afortunadamente tengo el remedio á mano. No porque una de las mixturas de la buena Phtah haya fallado con el malandrín que actúa de marqués de Villanueva han de fallar todas, y es de esperar que ésta haga su efecto...

Mientras hablaba de este modo había destapado el frasco misterioso que dejara poco antes junto á la linterna, regando con parte del líquido contenido en el mismo la mano clavada. Dicho líquido debía ser poderoso corrosivo por cuanto las carnes, apenas por él tocadas comenzaron á contraerse humeantes, dejando enseguida los huesos al descubierto.

Falto en absoluto de fuerzas para resistir el terrible martirio, Neré perdió el conocimiento.

— Delicado es el niño; — dijo Landro con su voz zumbona. — Si ahora se desmaya, ¿qué será luego, cuando los señores atormentadores lo tomen por su cuenta?

Metódicamente, como si se tratase de una experiencia de laboratorio, repitió con la otra mano de su víctima la operación que acababa de verificar en la que clavó primero, colocando enseguida las dos vendas en

los antebrazos mutilados que se terminaban por un mango de huesos horriblemente corroídos por las mordeduras del ácido.

En tal guisa envueltos, los muñones ofrecían, sobre poco más ó menos, el mismo aspecto que anteriormente.

Landro contempló su obra durante algunos segundos, rezongando luego :

— No hay compañía, por agradable que sea, que no se abandone, como decía el amable rey Dagoberto disponiéndose á ahogar sus perros. Recibe, hermano querido, mi maldición, y que el diablo te tenga en su santa guarda.

Dejó luego caer la cogulla sobre su rostro impasible y fuese á golpear la puerta de entrada al calabozo. Un momento después bajaba pesadamente el llavero, quien luego de abrir, fuése á tomar la linterna.

— Mucha era la ropa sucia que se ha hecho lavar por vos ese descreído, reverendo padre; — dijo con voz vinosa. — ¡Porque ¡vaya si habéis estado ahí algún tiempo! En fin, menos mal si el hombre se ha arrepentido...

Fraile y llavero se alejaban. Neré, desmayado, no pudo oír cómo su hermano contestaba al hombre de las llaves :

— Por desgracia no es así, amigo mío ; ¡imposible parece que sea tan callosa, tan endurecida, la conciencia de esos desdichados! Para purificar al que queda ahí dentro, preciso será que intervenga la tortura.